

veinticuatro del día. El general Lefebvre, cada vez más impaciente, rogaba con instancias que le hicieran el asalto practicable derribando la hilera de empalizadas que guarnecía el fondo del foso. Decían los ingenieros que á los artilleros era á quienes tocaba destruirlas con descargas de rechazo; y los artilleros, temiendo que estuviese minado el terreno, respondían que no tenían lugar para establecer sus baterías. Las dificultades que experimentábamos á la sazón eran una prueba de las cualidades defensivas de la madera; porque si al llegar al borde del foso hubiéramos tenido enfrente un muro de fábrica en vez de una hilera de empalizadas, estableciendo una batería de brecha lo hubiéramos demolido en cuarenta y ocho horas, llenado el foso de escombros y entrado al asalto, mientras que no siendo así, las balas sólo podían tronchar la cabeza de algunas estacas, descortezándolas apenas sin derribar ninguna. Acercábase el momento decisivo; la impaciencia era extrema; estábamos en aquel momento de un asedio en que el sitiado hace sus últimos esfuerzos de resistencia, y en que el sitiador, para acabar de una vez, se dispone á intentar los más atrevidos golpes.

Pero se propagó repentinamente la noticia de que un ejército ruso llegaba de refuerzo á Dantzig. Mucho tiempo hacía, en efecto, que este auxilio estaba prometido, y á todos sorprendía que no hubiese llegado ya. Los soberanos de Prusia y Rusia, reunidos á la sazón en su cuartel general, sabían el apuro en que estaba Dantzig. No ignoraban cuánto les importaba impedir la conquista, porque mientras conservasen aquella plaza, tenían amenazada la izquierda de Napoleón, hacían precario su establecimiento en el Vístula, le obligaban á privarse de veinticinco mil hombres destinados, ya al bloqueo, ya al asedio, y le cerraban por último el más abundante depósito de subsistencias que existía en el Norte. Si tarde ó temprano habían de volver á la ofensiva, más valía apresurarse desde luego mediando una causa de tanta gravedad. Para socorrer á Dantzig tenían dos medios directos, ó bien atacar á Napoleón en el Passarge para desalojarle de las posiciones á cuyo amparo cubrían el sitio, ó bien mandar un cuerpo considerable, ya por tierra siguiendo el Nehrung, ya por mar embarcando sus tropas en Königsberg para desembarcarlas en el fuerte de Weichselmünde. Había también otro medio, pero que no dependía de ellos, que era un desembarco de veinticinco mil ingleses; desembarco cien veces prometido y otras tantas anunciado, pero nunca realizado. Verdad es que si los ingleses hubieran cumplido su palabra á sus aliados, y en vez de reservar parte de sus fuerzas en Inglaterra para hacer frente al campamento de Boloña y de enviar otra parte á Alejandría para oprimir al Egipto y otra además á las riberas de la Plata para apoderarse de las colonias españolas, hubiesen puesto un ejército en Stralsund ó en Dantzig cuando nosotros teníamos apenas tres ó cuatro regimientos franceses dispuestos en la Pomerania, hubieran podido cambiar el curso de los acontecimientos, ó por lo menos ponernos en muy grande aprieto. Napoleón, en efecto, se hubiera visto precisado á destacar veinte mil hombres del grande ejército, y si en tal situación se veía acometido en el Passarge, se hallaba privado de una parte muy notable de sus fuerzas para hacer frente al principal ejército ruso.

Pero los ingleses ni pensaban siquiera en socorrer á sus aliados, porque les imponía mucho el poner el pie en el continente. Más les convenía emplear sus fuerzas en tomar colonias. Por otra parte, un cambio de ministerio, cuyas causas y efectos daremos á conocer en breve, hacía en Londres inciertas todas las resoluciones. Sólo se enviaron á Dantzig como socorro tres corbetas cargadas de municiones, mandadas por oficiales intrépidos que llevaban orden de remontar la corriente del Vístula para penetrar en la plaza á toda costa.

Por consiguiente, no había que contar más que con las tropas prusianas y rusas para que la plaza fuese socorrida de una manera eficaz. Los dos soberanos, reunidos en Bartenstein, deliberaron sobre esto con sus generales, y tuvieron la mayor dificultad en ponerse de acuerdo. Había una razón, y era la falta de víveres, que se oponía al proyecto que más hubiera convenido, y que consistía en volver inmediatamente á las operaciones activas. La tierra no estaba aún bastante fecundada por el sol para bastar á la manutención de hombres y caballos. Había pocos almacenes, podían todo lo más darse granos y carne á los hombres, y por lo tocante á los caballos no había más recurso que hacerles pastar el bálago con que cubrían sus chozas los campesinos de la antigua Prusia. Juzgábase, pues, que era menester esperar que la hierba estuviese bastante crecida para apacentar los caballos. Esta misma razón era la que detenía á Napoleón en el Passarge. Pero éste por su parte no tenía una plaza importante que libertar; por el contrario, cada día recibía nuevas fuerzas que le permitían dar un paso más hacia los muros de Dantzig.

En tal situación, los dos soberanos aliados adoptaron entre todos los medios de socorro el más mediocre, y resolvieron enviar unos diez mil hombres, la mitad por la lengua de tierra del Nehrung, y la otra mitad por el mar y por el fuerte de Weichselmünde. Reducíase el proyecto á forzar la línea de circunvalación, apoderarse del campamento francés del Nehrung, desembarcando en él, ya desde el fuerte de Weichselmünde, ya desde el mismo Nehrung por la ruta de Königsberg, penetrar después en la isla de Holm, restablecer las comunicaciones con Dantzig y penetrar en la plaza, y si todas estas operaciones salían bien, hacer una salida general contra el cuerpo sitiador para destruir sus trabajos y obligarle á levantar el sitio. Para esto se hubieran necesitado mucho más de diez mil hombres, y sobre todo que fuesen conducidos con inteligencia suma. Confióse al coronel Bulow un cuerpo prusiano y ruso, compuesto en gran parte de caballería, para que atravesando con chalupas el paso de Pillau, atracase en la punta del Nehrung y caminase por este angosto banco de arena el espacio de veinte leguas que separa á Pillau de Dantzig. Embarcáronse en Pillau en naves de transporte ocho mil hombres, la mayor parte rusos, y fueron escoltados por buques de guerra ingleses hasta el fuerte de Weichselmünde. Estaban á las órdenes del general Kamenski, hijo del anciano general del mismo nombre, que accidentalmente había mandado el ejército ruso al principiar la campaña de invierno. Llegando el día 12 de mayo á la embocadura del Vístula, desembarcaron en el espaldón exterior bajo la protección de las baterías de Weichselmünde. Entretanto se hacían alardes contra todos nuestros cuarteles de invierno. A Massena se le

amagaba con el paso del Bug, como si se tratara de operar hacia la otra extremidad del teatro de la guerra. Hacíanse circular muchas patrullas á vista de nuestros acantonamientos del Passarge, y por último, el cuerpo destinado á recorrer el Nehrung marchaba rápidamente sobre los puestos destacados que teníamos á la extremidad de aquel banco de arena, obligándolos á replegarse.

Estaba ya señalada la reunión en Pillau de los dos cuerpos que por vías diversas debían ir á socorrer á Dantzig. Los rumores procedentes de la plaza sitiada confirmaban las noticias de Pillau, y bastaba esto para sumir al mariscal Lefebvre en la más cruel ansiedad. Sin recurrir al emperador, se había apresurado á llamar al general Oudinot, que se hallaba en la isla de Nogath con la división de los granaderos que debía formar parte del cuerpo de reserva destinado al mariscal Lannes. Al mismo tiempo había escrito á todas partes pidiendo auxilio á los comandantes de las tropas situadas en las cercanías.

Pero Napoleón, á quien bastaban veinticuatro horas para enviar un correo de Finkenstein á Dantzig, lo tenía todo previsto. Reprendió al mariscal Lefebvre, aunque con dulzura, por su modo de obrar, y le tranquilizó participándole que pronto recibiría socorros que, preparados con toda anticipación, no podían menos de llegar á tiempo. Muy poco inquietaban á Napoleón los pueriles alardes que se hacían á su derecha, porque sabía demasiado bien distinguir en la guerra las ficciones y la realidad para que pudiera engañarse. Por otra parte, había conocido con tiempo de una manera segura que el enemigo se limitaría á enviar sobre Dantzig un grueso destacamento, ya por el Nehrung, ya por la mar, y había proporcionado sus precauciones á la gravedad del peligro.

El mariscal Mortier, que había quedado completamente disponible con la conclusión definitiva del armisticio celebrado con los suecos, había recibido órdenes para acelerar su marcha y hacer que le precediese en Dantzig una parte de sus tropas. Con arreglo á esta orden el 72 de línea acababa de llegar al campamento del mariscal Lefebvre, cuando más apurado andaba éste. La reserva del mariscal Lannes, preparada en la isla de Nogath, empezaba á formarse, y mientras esto se verificaba, la rozagante división de los granaderos de Oudinot, que era su núcleo, fué situada entre Mariemburgo y Dirschau, á dos ó tres jornadas de Dantzig. El 3.º de línea, sacado de Braunau y de la fuerza de tres mil cuatrocientos hombres, estaba también estacionado en la isla de Nogath. Había, pues, recursos muy suficientes. Mandó Napoleón á una de las brigadas del general Oudinot que pasase el Furstenwérder, echase allí un puente y se mantuviese dispuesto á pasar el brazo del Vístula que separa la isla de Nogath del Nehrung. Como la caballería estaba principalmente diseminada por los pastos del Vístula inferior en las cercanías de Elbing, mandó al general Beaumont que con mil dragones escogidos se encaminase á Furstenwérder, dejase desfilar el cuerpo enemigo que marchaba sobre el Nehrung, le asaltase al salir de Furstenwérder y le cogiese el mayor número posible de prisioneros. Por último mandó al mariscal Lannes que marchase sobre Dantzig con los granaderos de Oudinot, que no cansase allí sus tropas

empleándolas en los trabajos del asedio, y que las tuviese de refresco para lanzarlas contra los rusos así que éstos trataran de tomar tierra en las cercanías de Weichselmünde.

Prescritas con tiempo estas disposiciones, merced á una previsión siempre oportuna, se acumularon sobre Dantzig más tropas de las precisas para conjurar el peligro. Los rusos habían empezado á desembarcar el 12 de mayo, y desde las alturas arenosas que ocupábamos se les distinguía perfectamente en los espaldones del fuerte de Weichselmünde. El 14 por la noche habían desembarcado ya todos y se hallaban reunidos delante de dicho fuerte. Los reiterados avisos que entretanto se enviaron al mariscal Lannes le hicieron apresurar su marcha, y el día 14 llegó con los granaderos de Oudinot, menos los dos batallones dejados en Furstenwérder, bajo los muros de Dantzig. El 72 estaba ya en el campamento, y el mariscal Mortier con el resto de su cuerpo venía detrás á distancia de una jornada.

El mariscal Lefebvre, tranquilizado con estos refuerzos, envió al general Gardanne, que mandaba en el Nehrung el campamento del Vístula inferior, el regimiento de la guardia municipal de París, y esperaba, antes de enviarle nuevos socorros, descubrir claramente el designio de los rusos, porque podían éstos desembarcar desde el fuerte de Weichselmünde, ya sobre la orilla derecha para atacar el campamento del general Gardanne, ya sobre la orilla izquierda para atacar el cuartel general.

El día 15 de mayo, á las tres de la mañana, siete ú ocho mil rusos salieron del fuerte de Weichselmünde para atacar nuestras posiciones del Nehrung. Estas posiciones empezaban en la punta de la isla de Holm, donde el canal de Laake se junta con el Vístula, se dilataban en forma de un espaldón con empalizadas hasta el bosque que cubre aquella parte del Nehrung, estaban en este paraje defendidas con numerosas talas y acababan en dunas de arena á lo largo de la mar. El general Schramm, que había pasado á las órdenes del general Gardanne, defendía esta línea con un batallón del 2.º ligero, un destacamento del regimiento de la guardia de París, un batallón sajón, una parte del 19 de cazadores y unos cuantos jinetes polacos, mandados por el capitán Sokolsniki, á quien hemos ya visto distinguirse en aquel asedio. El general Gardanne se mantenía á retaguardia con el resto de sus fuerzas, ya para socorrer á las tropas que defendían los atrincheramientos, ya para ocurrir á cualquier salida de la plaza. El mariscal Lefebvre, advirtiendo desde las alturas del Zigankenberg el movimiento de los rusos, le envió desde por la mañana un batallón del 12 ligero. Poco después el mismo mariscal Lannes se puso en marcha con cuatro batallones de la división de Oudinot, y caminó por los diques que atravesaban el país llano situado á nuestra derecha, por no haber podido aún los ingenieros establecer un puente hacia nuestra izquierda para comunicar directamente por el Vístula inferior con el campamento del Nehrung.

Avanzaron los rusos en tres columnas, la una dirigida á lo largo del Vístula frente por frente á nuestros reductos, la segunda contra el bosque y las talas que defendían su entrada, y la tercera, toda de caballería, con dirección á ir costeano la mar. Quedaba de reser-



va una cuarta columna para reforzar á cualquiera de las otras que flaquease. Las corbetas inglesas, que acababan de llegar al mismo tiempo, debían por su parte navegar por el Vístula arriba, destruir los puentes que se suponían construídos, tomar nuestras obras por la espalda, y cooperar al movimiento de los rusos con el fuego de sesenta piezas de grueso calibre. Pero el viento fué contrario á estos proyectos, y las corbetas no pudieron pasar de la embocadura del Vístula.

Las columnas rusas avanzaron impetuosamente contra nuestras posiciones. Nuestros soldados, guarecidos con trincheras de tierra, esperaron el asalto con serenidad y las recibieron con descargas á quemarropa. Los rusos sin desconcertarse llegaban hasta el pie de los reductos sin poderlos asaltar, y cada vez que salía frustrado su intento saltaban nuestros soldados por sus papapetos y los perseguían á la bayoneta. Una columna que se había dirigido hacia las talas trató de penetrar en el bosque, venciendo aquel obstáculo menos grave, para establecerse en él; fué detenida como la primera, pero volvió á la carga y empujó con nuestras tropas numerosos combates parciales cuerpo á cuerpo. La columna de caballería encargada de costear la mar, permaneció en observación enfrente de nuestros destacamentos de jinetes, sin hacer el menor movimiento formal. Duraba la acción hacia muchas horas, y nuestras tropas destinadas á la defensa de las fortificaciones, que sólo contaban con unos dos mil hombres para hacer frente á siete ú ocho mil, porque el general Gardanne tenía que emplear los demás en vigilar los accesos de la plaza, estaban desfallecidas y hubieran concluído por sucumbir á tan repetidos ataques á no haberles suministrado un refuerzo decisivo el batallón de la guardia de París enviado por el general Gardanne, y el batallón del 12 ligero procedente del cuartel general. Estos valientes batallones, dirigidos por el general Schramm, repelieron á los rusos cayendo sobre ellos, y animados todos por este ejemplo, los persiguieron y llevaron huyendo hasta las explanadas del fuerte de Weichselmünde.

Entretanto el general Kamenski había recibido órdenes para esforzarse cuanto pudiera en socorrer á Dantzig. No quiso por lo tanto encerrarse en el fuerte sin hacer la última tentativa. Agregó á las tropas que acababan de combatir la reserva, que aún no había entrado en acción, y avanzó nuevamente contra nuestras trincheras, tan impetuosa como vanamente atacadas. Pero era ya tarde. El mariscal Lannes y el general Oudinot acababan de reforzar al general Schramm con cuatro batallones de granaderos, y uno solo de estos cuatro batallones les bastó para poner término al combate. Reuniendo con éste el general Oudinot la masa de nuestras tropas, é impeliéndolas hacia adelante, derribó á los rusos y los ahuyentó nuevamente con la bayoneta á la espalda, hasta las explanadas del fuerte de Weichselmünde donde les obligó por último á encerrarse. Esta acción debía ser, y fué efectivamente, la postrera.

Dejaron los rusos dos mil hombres en el campo de batalla, la mayor parte muertos ó heridos, y unos cuantos prisioneros. Nuestra pérdida se redujo á unos trescientos hombres fuera de combate. El general Oudinot perdió un caballo de una bala de cañón que pasando entre él y el mariscal Lannes estuvo á pique de matar

á este último. Aún no había llegado el momento de que este ilustre mariscal sucumbiese á tan repetidas hazañas; el destino, antes de abrirle la tumba, le reservaba más días aún de inmarcesible gloria.

Ya no podían ni el mariscal Lefebvre abrigar inquietudes, ni el mariscal Kalkreuth tener esperanzas. Sin embargo, los comandantes de las corbetas enviadas de Inglaterra para socorrer á Dantzig tenían empeño en cumplir sus instrucciones. La plaza carecía principalmente de municiones, y el capitán de la *Dauntless* quiso aprovecharse de una fuerte brisa del Norte para remontar el Vístula; pero no bien pasó el fuerte de Weichselmünde y se aproximó á nuestros reductos, fué recibido por un violento fuego de artillería. Salieron las tropas de los atrincheramientos, y uniendo el fuego de la fusilería á las descargas de cañón, dejaron la corbeta inglesa tan mal parada, que quedó en breve reducida á la imposibilidad de gobernar. Fué á encallar en un banco de arena, donde se vió precisada á arriar bandera; llevaba gran cantidad de pólvora y despachos para el mariscal Kalkreuth.

Quedaba, pues, la plaza completamente entregada á sí misma. Desgraciadamente las operaciones del asedio iban siendo cada vez más dificultosas. Nos hallábamos al borde del foso, habíamos tratado ya de bajar á él, pero la naturaleza de aquel terreno que continuamente se hundía, la inmensa cantidad de artillería de que disponía el enemigo, y que le permitía aniquilar nuestras trincheras con sus bombas, hacían nuestros trabajos tan lentos como peligrosos. Sin embargo, por muy costoso que fuera, era indispensable llegar al fondo del foso, y con hacha en mano ir á derribar una larga hilera de empalizadas para dejar expedito el camino á las columnas de ataque; por lo tanto empezamos nuestra bajada al foso por medio de blindajes, es decir, entrando por cobertizos revestidos de tierra y de fagina. Muchas veces nos los perforaban las bombas del enemigo aniquilando á los hombres que iban en ellos; pero nada bastaba á desalentar á nuestros ingenieros. De seiscientos soldados de esta arma, habían ya sucumbido cerca de trescientos; la mitad de los oficiales habían quedado muertos ó heridos. Entre los obstáculos que teníamos que vencer, entraba el blockhaus, construído en el ángulo entrante que formaba la media luna con el bastión, y se resolvió volar con una mina esta fortificación que resistía á las mismas piezas de batir. Entonces nos establecimos en la boca de la mina, barrimos bajo los fuegos del enemigo la tierra que rodeaba el blockhaus, y le prendimos fuego, libertándonos de él de esta manera.

Cuando llegamos al fondo del foso, muchos zapadores intentaron ir á derribar varias estacas bajo las descargas de la plaza; y para destruir tres solamente tuvieron que emplear media hora; de modo que esta operación iba á ser una de las más prolijas y mortíferas. Llegó el día 18 de mayo, y hacía cuarenta y ocho días que estaba abierta la trinchera. No podía hacerse la menor inculpación al cuerpo de ingenieros, que se conducía con una decisión admirable; con todo no faltaban destructores que achacaban la lentitud del sitio al general Chasseloup. El general Kirgener, que dirigía como segundo los trabajos, y que había concebido ideas distintas sobre la elección del punto del ataque, no cesaba

de repetir al mariscal Lefebvre que el Hagelsberg había sido mal elegido, y que esta era la causa única de toda la demora que se experimentaba. Tanto se lo repitió, que el mariscal Lefebvre acabó por darle crédito: escribió al emperador el 18 de mayo quejándose del general Chasseloup y atribuyendo la larga resistencia de la plaza á la mala elección del punto de ataque, suponiendo que el Bischoffsberg hubiera ofrecido menos dificultades.

Aunque la queja en vez de ser infundada hubiera sido justa, nada podía remediarse á la sazón; pero Napoleón, que estaba siempre atento al asedio, no hizo esperar su respuesta. «Creía yo, escribía al mariscal Lefebvre, que era usted hombre de más carácter y opinión. Aguarda usted al fin de un sitio para dejarse persuadir por sus subalternos de que es menester cambiar de punto de ataque, y para desanimar así al ejército, des- acreditando su propio juicio. El Hagelsberg está bien elegido. Dantzig siempre ha sido atacada por el Hagelsberg. Tenga usted confianza en Chasseloup, que es el más hábil y experimentado de sus ingenieros; no se aconseje usted más que de él y de Lariboisiere, y aparte usted de sí todos los *criticonillos*.» Tuvo, pues, que persistir el mariscal Lefebvre en la primera elección, y esperar los efectos, lentos pero seguros, de un arte que ignoraba. A fuerza de sacrificarse las tropas de ingenieros, habían llegado por un lado al fondo del foso de la media luna y por el otro al fondo del foso del bastión, precisados, atendido el angosto espacio en que operaban, á trabajar bajo las bombas y á defender por sí mismos las obras contra las salidas de la plaza. Por último, consiguieron, ya con fuegos de fagina, ya con sacos de pólvora y también con el hacha, destruir enfrente del bastión de la izquierda, atacado al mismo tiempo que la media luna, una hilera de noventa pies de empalizadas, con lo cual había lo suficiente para que pasasen las columnas de asalto. Las tropas esperaban este momento con impaciencia. Resolvióse dar el asalto en la noche del 21 de mayo: cuatro mil hombres, dispuestos en varias columnas, fueron conducidos al foso, hasta el pie de la escarpa de tierra que se elevaba detrás de las empalizadas, para que viesan primero la obra que tenían que escalar y aprendiesen el modo de hacerlo. Llenos de ardimiento á su vista, pedían con gran clamoreo que se les permitiese dar el asalto. En la parte superior de la escarpa de tierra había tres enormes vigas, suspendidas con cuerdas, dispuestas á rodar sobre los sitiadores. Un valiente soldado cuyo nombre debe perpetuar la historia, llamado Francisco Vallé, cazador del 12 ligero, que había muchas veces ayudado á los zapadores á arrancar las estacas de las empalizadas, se ofreció á cortar las cuerdas que sostenían aquellas vigas para que se precipitasen antes de verificarse el asalto. Tomó un hacha, trepó por las escarpas tapizadas de césped, cortó las cuerdas y sólo le alcanzó una bala después de terminado aquel acto de heroísmo, pero no fué herido mortalmente.

Era llegada por fin la hora del asalto, cuando de repente se supo con gran sentimiento que el mariscal Kalkreuth pedía capitulación.

En efecto, el coronel Lacoste se acababa de presentar como parlamentario para entregar al mariscal Kalkreuth las cartas que para él se habían encontrado en

la corbeta inglesa recientemente apresada. Llegaba muy á tiempo para ofrecer al lugarteniente de Federico una ocasión honrosa de proponer una capitulación ya necesaria. El mariscal trabó conversación con el coronel, y reconoció la necesidad de rendirse; pero reclamó para la guarnición de Dantzig las mismas condiciones que la guarnición de Maguncia había logrado de él en otro tiempo, es decir, la facultad de evacuar la plaza sin quedar prisionera de guerra ni entregar las armas, y con la única obligación de no servir contra la Francia en el término de un año. El mariscal Lefebvre admitió por su parte estas condiciones, porque temía mucho que se prolongase el asedio, pero pidió tiempo para consultar con Napoleón. Éste, que no tenía tanta premura porque tenía á los rusos paralizados en el Passarge, hubiera de buena gana sacrificado algunos días más para hacer prisionero un cuerpo de ejército, dándosele muy poco del compromiso que contraían las tropas enemigas de no servir en un año, por lo cual, aunque consintió en la capitulación propuesta, mostró cierta pesadumbre, y mandó al mariscal Lefebvre que dijese á Mr. de Kalkreuth que sólo accedía á tan ventajosas condiciones por consideración á él, á su edad, á sus gloriosos servicios y á su cortés comportamiento con los franceses. Firmóse la capitulación, y se llevó á cabo el 26 de mayo.

Aquel mismo día por la mañana entró en la plaza el mariscal Lefebvre. Había ofrecido á los mariscales Lannes y Mortier, que habían llegado hacía pocos días, que entrarían con él, pero no quisieron éstos disputarle un honor que exclusivamente le pertenecía y que tenía merecido, si no por su saber, al menos por su valentía y por su constancia en mantenerse dos meses en aquellas formidables trincheras. Verificó, pues, su entrada á la cabeza de un destacamento de todas las tropas que habían concurrido al asedio. Los ingenieros iban naturalmente los primeros: esta distinción se les debía por todos títulos, porque de seiscientos hombres que eran en un principio, cerca de la mitad habían quedado fuera de combate. Por esta razón publicó inmediatamente Napoleón la siguiente orden del día.

*Finkenstein, 26 de mayo de 1807.*

«La plaza de Dantzig ha capitulado, y nuestras tropas han entrado hoy en ella al mediodía.

»S. M. da parte de su satisfacción á las fuerzas sitiadoras. Los zapadores se han cubierto de gloria.»

Había sido largo este memorable asedio, puesto que la plaza se había resistido á cincuenta y un días de trinchera abierta. Muchas causas habían contribuído á que la resistencia fuese tan sostenida: la configuración de la plaza, su vasto desarrollo, la fuerza de la guarnición sitiada, igual poco más ó menos á la del ejército sitiador, el lento envío y la insuficiencia de la artillería de grueso calibre que permitiese al enemigo reservar sus fuegos para el momento crítico de la última aproximación, el escaso número de buenos trabajadores proporcionado al de buenas tropas, también escaso, la naturaleza del terreno que se hundía á cada instante al choque de los proyectiles, las propiedades defensivas de la madera que no era posible batir en brecha y que era menester arrancar con hacha en mano, y por último, una estación rígida, variable como el equinoccio, que



pasaba repentinamente de las heladas á las lluvias más desechas; todas estas causas contribuyeron á prolongar este asedio, igualmente honroso para sitiados y sitiadores. El mariscal Kalkreuth sólo sacó salvos de su fuerte guarnición muy pocos soldados. De diez y ocho mil trescientos veinte hombres, no salieron de Dantzig más que siete mil ciento veinte (1). Tuvo el enemigo dos mil setecientos muertos, tres mil cuatrocientos heridos, ochocientos prisioneros y cuatro mil trescientos desertores. El antiguo discípulo de Federico se mostró en aquellas circunstancias digno de la grande escuela militar en que se había formado.

Contribuyeron á proporcionar al ejército esta importante conquista el mariscal Lefebvre con su denuedo, el general Chasseloup con su ciencia, Napoleón con su vasta previsión, y la tropa y los ingenieros con su decisión imponderable. Aunque la artillería de grueso calibre hubiese faltado, podía considerarse como un verdadero milagro el haber podido sacar de la Silesia, de la Prusia y de la alta Polonia el material necesario para un asedio tan importante, á tan inmensa distancia del Rhin y en una estación como aquella. Fácil hubiera sido sin duda para Napoleón, acabar mucho más pronto con la resistencia de Dantzig destacando del Passarge al Vístula uno de sus cuerpos de ejército; pero sólo hubiera conseguido esta anticipación cometiendo una gran imprudencia, porque, según todas las probabilidades, Napoleón debía haber sido acometido durante el sitio por los ejércitos ruso y prusiano; en este caso los veinte mil hombres destacados hacia Dantzig le hubieran debilitado considerablemente. Por lo tanto, nunca pudo admirarse con exceso el arte con que supo escoger la posición del Passarge, desde donde protegía á un mismo tiempo el asedio de Dantzig y hacía frente á los ejércitos coligados que podían presentarse á cada instante; el arte sobre todo con que sacó partido, así de los regimientos que estaban en marcha como de las tropas que volvían de Stralsund, y de la reserva de infantería preparada en el Vístula inferior para mantener sobre Dantzig una fuerza suficiente para las operaciones del asedio; el arte, finalmente, con que supo esperar un resultado que hubiera comprometido tratando de acelerarlo, y que por otra parte no tenía el menor interés en precipitar, porque no queriendo operar ofensivamente hasta el mes de junio, importaba muy poco no terminar sino en mayo la conquista de Dantzig.

No era todo haber tomado á Dantzig; era preciso además ocupar la embocadura del Vístula y los accesos de la mar, ó lo que es lo mismo el fuerte de Weichselmünde, que estando bien defendido hubiera exigido un ataque en regla y acarreado una pérdida de tiempo considerable. Pero el efecto moral de la conquista de Dantzig hizo que se nos rindiese el fuerte de Weichselmünde cuarenta y ocho horas después. La mitad de la guarnición había desertado, y la otra mitad entregó el fuerte pidiendo capitular bajo las mismas condiciones que la guarnición de Dantzig. Unos y otros tomaron la ruta de Nehring hasta Pillau para volver á Königsberg. Además de la ventaja de asegurarse una base de operaciones indestructible en el Vístula, Napoleón adquirió

(1) Sacamos estos números de los estados que se encontraron en la plaza. (N del A.)

en Dantzig inmensos acopios de víveres. Contenía esta plaza además de grandes riquezas, trescientos mil quintales de granos, y sobre todo muchos millones de botellas de vino de superior calidad, con lo que nuestro ejército iba á recobrar en aquel sombrío clima todo su júbilo y todas sus fuerzas. Envió Napoleón inmediatamente á su edecán Rapp, con cuya decisión contaba, á tomar el mando de Dantzig para impedir el extravío de aquellos valores; siguióle inmediatamente en persona, y fué á pasar allí dos días para juzgar con sus propios ojos de la importancia de la plaza, de las obras que había que completar en ella para hacerla inexpugnable, y por último de los recursos que podían sacarse de allí para mantener al ejército.

Hizo inmediatamente transportar á Elbing diez y ocho mil quintales de trigo para abastecer los desprovistos almacenes de aquella ciudad, que había suministrado ya ochenta mil quintales de granos. Expedió á los cuarteles del Passarge un millón de botellas de vino, recorrió todas las obras del sitio, aprobó cuanto se había hecho, alabó mucho al general Chasseloup y el ataque por el Hagelsberg, distribuyó entre los oficiales del ejército considerables recompensas, y se prometió resarcirles en breve con suntuosos donativos del botín que con tanta dignidad como prudencia les había privado al confiar al general Rapp el gobierno de Dantzig. Resolvió nombrar al mariscal Lefebvre duque de Dantzig y agregar á este título una pingüe dotación. Escribió á Mr. Molliet mandándole comprar con los fondos del ejército una hacienda con un palacio que produjese cien mil libras de renta líquida, y que constituyese la dotación del nuevo duque. Le encargó además que comprase unas veinte quintas que hubiesen pertenecido á antiguas familias, y situadas si era posible hacia el Oeste, para ofrecérselas como presente á los generales que le habían prodigado su sangre, tendiendo de este modo á renovar la aristocracia de la Francia, como renovaba las dinastías de la Europa, con los golpes de su espada, convertida en sus manos en una especie de vara mágica de la cual brotaban la gloria, las riquezas, las coronas.

Dió las órdenes necesarias para que inmediatamente se restaurasen las fortificaciones de Dantzig, y puso allí de guarnición el 44 y el 19 de línea que habían padecido cruelmente durante el asedio. Quiso que se reuniesen allí todos los regimientos provisionales que no pudieron llegar al ejército antes de renovarse las operaciones ofensivas; destinó la legión del Norte, cuyo celo y fatigas habían sido extremados y cuya fidelidad no era sospechosa, á la custodia del fuerte de Weichselmünde; mandó distribuir en el Nehring una parte de las tropas alemanas, y prescribió á los sajones, que á pesar de ser buenos soldados tenían necesidad de servir en nuestras filas para apegarse más á nosotros, que se reuniesen con el cuerpo de Lannes, vuelto ya al Vístula; y á los polacos que quería hacer aguerridos, que se reuniesen con el cuerpo de Mortier, destinado igualmente á trasladarse al Vístula. Los italianos permanecieron en el bloqueo de Colberg, y el resto de los polacos en el de la pequeña ciudad de Graudenza, puntos de poca importancia que todavía no habíamos tomado.

De vuelta á Finkenstein tomó Napoleón todas sus medidas para renovar las operaciones ofensivas en los primeros días de junio. Las arteras negociaciones del

Austria sólo habían conducido á hacer inevitable una solución por medio de las armas. La oferta de mediación hecha por aquella corte y aceptada con desconfianza y pesar, pero con cortesía, por Napoleón, había sido enviada inmediatamente á Inglaterra, á Prusia y á Rusia. El nuevo gabinete inglés, aunque su política estuviese lejos de propender á la paz, no podía desde el principio declararse por la guerra de una manera demasiado ostensible. Mr. Canning contestó, bajo su carácter de ministro de negocios extranjeros, que la Gran Bretaña aceptaba de grado la mediación del Austria, y seguiría en esta negociación el ejemplo de las cortes aliadas, la Prusia y la Rusia.

La contestación de esta última fué la menos amistosa de las tres. El emperador Alejandro se había trasladado á Bartenstein, sobre el Alle, que era el cuartel general de su ejército, y habíasele reunido allí el rey de Prusia, procedente de Königsberg, para avistarse con él. El ejército ruso había adquirido un refuerzo de treinta mil hombres con la guardia imperial recientemente enviada de San Petersburgo y las numerosas levas hechas en las provincias más apartadas del imperio, con lo cual había reparado las pérdidas de Pultusk y de Eylau. Las ridículas exageraciones del general Benningsen, llevadas más allá de lo que permite el deseo de hacer recobrar aliento á sus soldados, á su país y á su soberano, habían alucinado al joven zar. Casi creía haber salido vencedor en Eylau, y estaba propenso á tentar de nuevo la suerte de las armas. El rey de Prusia, por el contrario, ilustrado sobre las disposiciones un tanto más benignas del vencedor de Jena, por las relaciones particulares que con él conservaba, fomentadas por Duroc, parecía propenso á negociar con tal que se le devolviese la mayor parte de su reino. Se hacía pocas ilusiones sobre los triunfos de la coalición; había visto la principal plaza de sus Estados conquistada por los franceses á vista del ejército ruso, sin poder oponerse á ello, y no podía convenirse de que Napoleón estuviera á pique de tener que retroceder al Vístula y al Óder (1); opinó, por consiguiente, por la paz. Pero el emperador Alejandro, infatuado con sus pretendidas ventajas, que sin embargo desmentía de una manera nada dudosa la toma de Dantzig, afirmó al rey Federico Guillermo que en breve le sería restituído todo su patrimonio sin que perdiese una sola provincia, que se restablecería además la independencia de la Alemania, y que para esto bastaba ganar una sola batalla, con lo cual se declararían el Austria y se aseguraría la pérdida de Napoleón y la liberación de la Europa. Dejóse, pues, arrastrar Federico Guillermo por nuevas sugerencias, muy semejantes á las que antes le habían seducido en Potsdam, y la mediación del Austria fué en realidad desechada, aunque aceptada en apariencia. Se contestó que se celebraría mucho ver restituída la paz en Europa por los buenos oficios del Austria, pero que se quería antes saber bajo qué bases

(1) Es muy difícil saber con exactitud lo que pasó entre ambos soberanos, que vivían en intimidad continua sin hacer á los que los rodeaban la menor confianza sobre sus secretas disposiciones. Pero por las comunicaciones de la corte de Prusia á varias cortes alemanas de segundo y tercer orden, se sabe lo que ocurría en el cuartel general, y por otra parte los asertos que aquí consignamos están sacados de las noticias que la misma reina de Prusia dió á uno de los diplomáticos más respetables de aquella época. (N del A.)

esperaba Napoleón tratar con las potencias aliadas. Esta respuesta evasiva no permitía la menor duda sobre la continuación de la guerra, y causó una grave pesadumbre al Austria, que perdía de este modo la ocasión de entrometerse en la contienda para terminarla á su placer, ya con el auxilio de sus armas si Napoleón sufría reveses, ya con una paz de que sería árbitra si continuaba sonriéndole la fortuna. Sin embargo, no quiso abandonar la mediación de modo que pareciese vencida; comunicó á Napoleón las respuestas que había recibido y le pidió que aclarase las dudas que parecían retraer á las potencias beligerantes de abrir las negociaciones. Mr. de Vincent fué el encargado de este arreglo: sólo pudo hacerlo por escrito, porque mientras él estaba en Varsovia, Mr. de Talleyrand se hallaba con Napoleón en Finkenstein.

Este desenlace satisfizo á Napoleón, que había mirado con mucho recelo la mediación del Austria; sin embargo, persistiendo en la idea de no hacerse responsable de la repulsa de la paz, respondió que estaba pronto á entrar en la vía de las concesiones siempre y cuando se concedieran á sus aliadas, la España, la Holanda y la Puerta, restituciones equivalentes á las que estaba dispuesto á otorgar. Añadió que no había más que designar un paraje para reunir un congreso, al cual enviaría plenipotenciarios sin demora alguna.

Pero la mediación estaba frustrada, porque se necesitaban muchos meses para que semejantes negociaciones produjesen un resultado cualquiera, y en unos cuantos días de buen tiempo esperaba haber concluido la guerra.

En efecto, todo estaba dispuesto por ambos lados para volver á las hostilidades con la mayor energía. Los dos soberanos reunidos en Bartenstein se habían ligado con los más solemnes empeños y prometídose no deponer las armas hasta quedar vengada la causa de la Europa y los Estados prusianos devueltos por completo. Habían firmado en Bartenstein un convenio, por el cual se obligaban á no obrar sino de acuerdo y no tratar con el enemigo sino de común consentimiento. El objeto de sus esfuerzos era, según decían, no ya el aniquilamiento de la Francia, sino la liberación de las potencias, grandes y pequeñas, á las cuales la Francia aniquilaba. Iban á combatir para hacer evacuar la Alemania, la Holanda y la Italia misma, si el Austria se reunía con ellos, para restablecer en lugar de la antigua Confederación germánica una nueva constitución federativa que asegurase la independencia de todos los Estados alemanes y una influencia nacional del Austria y de la Prusia sobre la Alemania. Por otra parte, la extensión de las indemnizaciones proyectadas debía depender de los triunfos de la coalición. Otras convenciones se firmaron, así con la Suecia como con la Inglaterra. Ésta, más interesada que nadie en la guerra, y que hasta el presente no había hecho más que aprovecharse de los esfuerzos de las otras potencias, sin hacer por su parte ninguno, había prometido subsidios y tropas de desembarco. Su avaricia siempre que se trataba de subsidios había ofendido al rey de Suecia, hasta el punto de hacer aborrecer á este príncipe la idea de la cruzada contra la Francia, que había sido siempre su sueño. Sin embargo, con el auxilio de la Rusia se consiguió de Inglaterra para la Prusia un millón de libras esterlinas, una dotación anual para los